

saber, la represión, que es lo que está en juego, como dice claramente Freud.

Sólo hablamos de represión en la medida en que hay cadena simbólica. Si puede designarse como el punto de una represión un fenómeno que puede pasar por imaginario, pues el fetiche es de alguna forma imagen, e imagen proyectada, es porque tal imagen es sólo el punto límite entre la historia, como algo que tiene una continuación, y el momento en que se interrumpe. Esta imagen es el signo, el indicador, del punto de la represión.

Si leen ustedes atentamente el texto de Freud, verán que esta forma de articular las cosas da, en verdad, todo su peso a las expresiones que él emplea.

Una vez más, vemos cómo se distingue aquí entre la relación con el objeto de amor y la relación de frustración con el objeto. Se trata de dos relaciones distintas. El amor se transfiere mediante una metáfora al deseo que se prende al objeto como ilusorio, mientras que la construcción del objeto no es metafórica, sino metonímica. Es un punto en la cadena de la historia, allí donde la historia se detiene. Es signo de que ahí empieza el más allá constituido por el sujeto. ¿Por qué? ¿Por qué es ahí donde el sujeto ha de constituir este más allá? ¿Por qué el vélo lá es al hombre más precioso que la realidad? ¿Por qué el dominio de esta relación ilusoria se convierte en un constituyente esencial, necesario, de su relación con el objeto? Esta es la cuestión planteada por el fetiche.

Antes de ir más lejos, ya pueden ver ustedes cuántas cosas se aclaran entonces, incluido el hecho de que Freud nos dé como primer ejemplo de un análisis de fetiche esa maravillosa historia de un calembur. Un señor que había pasado su primera infancia en Inglaterra y había ido a convertirse en feticheista a Alemania, buscaba siempre un ligero brillo en la nariz, y además podía verlo, *ein Glanz auf die Nase*. Esto significaba, nada más y nada menos, una mirada a la nariz, nariz que a su vez era, por supuesto, un símbolo. La expresión alemana se limitaba a transponer la expresión inglesa *a glance on the nose*, que le venía de sus primeros años. Ya ven ustedes cómo interviene aquí, proyectándose en un punto sobre el vélo, la cadena histórica, que puede contener incluso toda una frase, y más aún, una frase en una lengua olvidada.

¿Cuáles son las causas de la instauración de la estructura feticheista? Aquí, los gramáticos no nos dan ninguna garantía.

Desde hace algún tiempo los autores pasan buenos apuros. Por una parte, no podemos perder de vista la noción de que la génesis del feticheismo está articulada esencialmente con el complejo de castración. Por otra parte, es en las relaciones preedípicas, y en ninguna otra parte, donde se pone de manifiesto de la forma más clara que la madre fálica es el elemento central, el motor decisivo. ¿Cómo conciliar las dos cosas?

Los autores lo hacen más o menos cómodamente. Observemos tan sólo las comodidades, por otra parte medianas, que pueden encontrar aquí los miembros de la escuela inglesa, gracias al sistema de la señora Melanie Klein. Dicho sistema estructura las primeras etapas de las tendencias orales, particularmente en su momento más agresivo, introduciendo la presencia del pene paterno por proyección retroactiva, es decir retroactivando el complejo de Edipo a las primeras relaciones con los objetos considerados como introyectables. Se tiene así un acceso más fácil a un material que permite la interpretación. Como todavía no me he lanzado nunca a hacer una crítica exhaustiva de lo que significa el sistema de la señora Melanie Klein, dejaremos de lado por el momento lo que pueda traer a colación en este sentido algún que otro autor. Para limitarnos a lo que nosotros mismos hemos sacado a la luz, partiremos de la relación fundamental que es la del niño real, la madre simbólica y sí falo, el de ella, que para ella es imaginario.

Este esquema debe manejarse con precaución, porque se concentra en un mismo plano, cuando de hecho corresponde a distintos planos e interviene en etapas sucesivas de la historia. En efecto, durante mucho tiempo el niño no está en condiciones de apropiarse la relación de pertenencia imaginaria que constituye la profunda división de la madre con respecto a él. Este año trataremos de dilucidar esta cuestión. Siguiendo en esta vía veremos cómo y en qué momento eso entra en juego para el niño, cómo se produce la entrada del niño en la relación con el objeto simbólico, con el falo como su principal moneda. Aquí hay cuestiones temporales, cronológicas, de orden y de sucesión, que trataremos de abordar, como nos lo indica la historia del psicoanálisis, desde el punto de vista de la patología.

¿Qué nos enseñan aquí las observaciones cuando las desmenuzamos? Nos muestran fenómenos que se manifiestan correlativamente a este sintoma singular que pone al sujeto en una relación electiva con un fetiche,

el objeto fascinante inscrito sobre el velo, en cuya órbita gira su vida erótica. Digo *órbita* porque sin duda el sujeto conserva cierta libertad de movimientos, perceptibles cuando analizamos y no cuando se hace tan sólo una descripción clínica. Si se toma una observación, se ven muy bien elementos que les he articulado hoy y que Binet ya había indicado, por ejemplo ese punto asombroso del recuerdo pantalla, que fija la atención en los bajos del vestido de la madre, o de su corsé, o también la relación esencialmente ambigua del sujeto con el fetiche, relación de ilusión, que así es como se vive y así se prefiere, o bien la función pariticularmente satisfactoria de un objeto inerte, plenamente a merced del sujeto para la manioobra de sus relaciones eróticas. Todo esto se ve en una observación, pero hace falta el análisis para aislar mejor lo que ocurre cada vez que, por una razón cualquiera, el recurso al fetiche decae, se agota, se gasta, o simplemente se escabulle.

El comportamiento amoroso, y más simplemente la relación erótica del sujeto, se reduce a una defensa. Pueden comprobarlo si leen en el *International Journal* las observaciones de la señora Sylvia Payne, XX-2, del señor Gillespie, de la señora Greenacre, del señor Dugmore Hunter, XXXV-3, o también algunos trabajos aparecidos en el *Psycho-Analytic Study of the Child*. Esto también lo enrevolvió Freud y está articulado en nuestro esquema. Freud nos dice que el fetichismo es una defensa contra la homosexualidad y el señor Gillespie indica que el margen entre ambos es extraordinariamente estrecho. En resumen, en las relaciones con el objeto amoroso que organizan este ciclo en el fetichista, encontramos una alternancia de identificaciones. Identificaciones con la mujer enfrentada al pene destructor, el falo imaginario de las experiencias primordiales del período oro-anal, centradas en la agresividad de la teoría sádica del coito, y en efecto, muchas experiencias que el análisis saca a la luz muestran una observación de la escena primitiva percibida como cruel, agresiva, violenta, incluso asesina. A la inversa, identificación del sujeto con el falo imaginario, que le hace ser para la mujer un puro objeto que puede devorar y en el límite destruirlo.

El niño se encuentra enfrentado a esta oscilación entre los dos polos de la relación imaginaria primitiva, de una forma que podemos llamar bruta, antes de la insauración de la relación en su legalidad edípica por la introducción del padre como sujeto, centro de orden y de posesión legítima. El niño está entregado a la oscilación bipolar de la relación entre dos objetos inconciliables, que conduce de cualquier forma a un descalace destructivo, incluso asesino. He aquí lo que se encuentra en el

fondo de las relaciones amorosas cuando emanan de la vida del sujeto, tienden a esbozarse y se tratan de ordenar. En una determinada manera de comprender el análisis, que es precisamente la vía moderna, y en esto recuerda en parte al que es mi propio camino, el analista interviene aquí para hacer percibir al sujeto la alternancia de sus posiciones y al mismo tiempo sus significaciones respectivas. Podemos decir que introduce la distancia simbólica necesaria para que el sujeto advierta el sentido.

Las observaciones son aquí extremadamente ricas y fructíferas, por ejemplo, cuando nos muestran las mil formas que puede adquirir, en la actualidad de la vida precoz del sujeto, el descompletamiento fundamental que deja al sujeto entregado a la relación imaginaria, ya sea por la vía de la identificación con la mujer, ya sea ocupando el lugar del falo imaginario, es decir, de cualquier forma, en una simbolización insuficiente de la relación tercera. Los autores notan con mucha frecuencia la ausencia a veces repetida del padre en la historia del sujeto, la carencia, como suele decirse, del padre como presencia — se va de viaje, a la guerra, etc.

Más aún, se advierte cierto tipo de posición del sujeto, a veces singularmente reproducida en los fantasmas, la de una inmovilización forzada. En ocasiones se manifiesta a través de una atadura efectivamente sufrida por el sujeto — hay un ejemplo muy bello en la observación de Sylvia Payne. A consecuencia de una extravagante prescripción médica, habían impedido a un niño que caminara hasta la edad de dos años, con ataduras efectivas que lo mantenían en su cama. Esto tuvo sus consecuencias. El hecho de haber vivido tan estrechamente vigilado en la habitación de sus padres lo dejaba en la posición ejemplar de una total entrega a una relación puramente visual, sin el menor esbozo de reacción muscular. Había asumido la relación con sus padres en el estilo de rabia y de cólera que pueden ustedes suponer. Si bien son raros los casos tan ejemplares, algunos autores han insistido en que la fobia de algunas madres que mantienen a sus hijos a distancia, sin contacto, casi como si fueran una fuente de infección, sin duda tiene alguna relación con el valor predominante dado a la relación visual en la constitución de la relación primitiva con el objeto materno.

Mucho más instructiva que tal ejemplo de enviciamiento de la relación primordial, es la relación parológica que se presenta como el reverso, o el complemento, de la adherencia libidinal al fetiche. El fetichismo es en efecto una clase que engloba nosológicamente toda clase de fenómenos cuya afinidad o parentesco con el fetichismo nos indica de algún modo nuestra intuición.

Que determinado sujeto de quien nos habla la señora Payne está pretendido de un impermeable, parece de la misma naturaleza que si lo estuviera de unos zapatos. No nos equivocamos al pensar así. Sin embargo, hablando desde un punto de vista estructural, el impermeable contiene por sí mismo ciertas relaciones e indica una posición algo distinta de las que suponen el zapato o el corsé. Estos objetos se encuentran de por sí, directamente, en la posición del velo entre el sujeto y el objeto. No ocurre igual con el impermeable, ni con el resto de tipos de fetiches vestimentarios más o menos envolventes. Por otra parte, hay que concederle un lugar a la cualidad especial que implica el plástico. Esta característica, muy a menudo presente, alberga como un último misterio, que sin duda esclarecería psicológicamente la sensorialidad que alberga el tacto especial del propio plástico. Tal vez pueda tomarse, con mayor facilidad que cualquier otra cosa, como un forro de la piel, o quizás tenga características aislantes especiales. Dejando de lado la estructura misma de los informes aportados en determinados centros donde la observación se plantea analíticamente, se ve que el impermeable juega aquí un papel no exactamente igual al del velo. Más bien se trata de algo detrás de lo cual el sujeto se centra. Se sitúa, no ante velo, sino detrás, es decir en el lugar de la madre, adhiriéndose a una posición de identificación en la que esta tiene necesidad de ser protegida, en este caso mediante una envoltura. Esto nos da la transición entre los casos de feticchismo y los casos de travestismo. La envoltura no es como el velo, sino una forma de protección. Se trata de una égida con la que el sujeto se envuelve, identificándose con el personaje femenino.

Otra relación típica, a veces particularmente ejemplar, son las exploraciones de un exhibicionismo en algunos casos verdaderamente reactivos, a veces en alternancia con el feticchismo. Esto se observa siempre que el sujeto se esfuerza por salir de su laberinto en razón de alguna puesta en juego de lo real que le deja en una posición de equilibrio inestable, y allí se produce una cristalización o una inversión de su posición. Lo que ilustra manifestamente el esquema del caso Freudiano de homosexualidad femenina, en el cual la introducción del padre como elemento real produce un intercambio de los términos, de forma que lo que se situaba en un más allá, el padre simbólico, se implica en la relación imaginaria, mientras que el sujeto toma una posición homosexual demostrativa con respecto al padre.

Tenemos igualmente casos muy bonitos, en los que se ve al sujeto, si ha tratado de acceder a una relación plena en ciertas condiciones de

realización artificiales, de forzamiento de lo real, expresar mediante un *acting out*, es decir en el plano imaginario, lo que en la situación se encontraba simbólicamente latente. Tenemos un ejemplo de ello en el sujeto que intenta por primera vez una relación real con una mujer, pero colocándose en esa posición de experiencia consistente en ir a mostrar de qué es capaz. Lo consigue más o menos bien, gracias a la ayuda de la mujer, pero a continuación, sin que nada en él permitiera prever hasta entonces la posibilidad de tales síntomas, se entrega a una exhibición muy singular y muy bien calculada, consistente en mostrar su sexo al paso de un tren interraccional, de modo que nadie puede pescarle con las manos en la masa. En este caso el sujeto se vio forzado a dar salida a algo hasta entonces implícito en su posición. Su exhibicionismo es tan sólo la expresión o la proyección en el plano imaginario de algo cuyas repeticiones simbólicas él mismo no había comprendido del todo, a saber, que a fin de cuentas el acto que acababa de realizar no era sino el intento de mostrar — de mostrar que era capaz como cualquier otro de tener una relación normal.

Encontramos en diversas ocasiones esta especie de exhibicionismo reactivo en observaciones muy próximas al feticchismo o que son claramente de feticchismo. Se trata, es de suponer, de actos delictivos que son equivalentes del feticchismo. La señora Melitta Schindlerberg nos presenta por ejemplo a un hombre casado con una mujer unas dos veces más voluminosa que él, una verdadera pareja a lo Dubour,* en la que le corresponde el papel de vienesa víctima, como un burro de carga. Un buen día, este hombre, que hacía lo que podía en esa situación horrible, se entera de que va a ser padre. Se precipita a un parque público y empieza a mostrar su órgano a un grupo de jovencitas.

La señora Schindlerberg, que aquí parece un poco excesivamente analfabeta, encuentra todo tipo de analogías con el hecho de que el padre del chico ya era un pequeño víctima de su mujer y había conseguido librarse de la situación haciéndose sorprender un día con una criada, cosa que, por medio de la reivindicación celosa, había dejado a su consorte un poco a su merced. Esto no explica nada. La señora Schindlerberg es de lo principal. Cree haber analizado una perversión, cree que ha hecho un *sport analysis*. No tiene ninguna necesidad de maravillarse, pues no se trata en absoluto de ninguna perversión, y ella tampoco ha hecho

* Dibujante de gusto dudoso, que dibuja mujeres desmanzadas y señores pequeños. (71)

ningún análisis. Deja de lado el hecho de que en esta ocasión, si el sujeto se manifestó, fue mediante un acto de exhibición. No hay ninguna otra forma de explicar tal acto sino refiriéndose a ese mecanismo de desencadenamiento por el cual algo que está de más en lo real, inasimilable simbólicamente, tiende a precipitar lo que se encuentra en el fondo de la relación simbólica, o sea la equivalencia falo-niño.

A falta de poder asumir esta paternidad, a falta incluso de creer en ella, ese buen-hombre se fue a enseñar al lugar oportuno el equivalente del niño, es decir lo que entonces le quedaba del uso de su falo.

30 de enero de 1957

X

LA IDENTIFICACIÓN CON EL FALO

El travestismo y el uso del vestido.

Mostrar ≠ dar a ver.

Girl = Phallus.

El objeto y el ideal en Freud.

Frustración de amor y satisfacción de la necesidad.

El último día de un paso hacia la elucidación del fetichismo, ejemplo particularmente fundamental de la dinámica del deseo.

El deseo tiene para nosotros el mayor interés, por una doble razón. Por una parte, es con él, con este deseo, con lo que nos encontramos en nuestra práctica. No se trata de un deseo construido, sino de un deseo con todas sus paradojas, del mismo modo que nos ocupamos de un objeto con todas sus paradojas. Por otra parte, está claro que el pensamiento freudiano partió de tales paradojas. En particular, en lo referente al deseo, partió del deseo perverso. Sería verdaderamente una pena olvidarlo en nuestra tentativa de unificación o de reducción, cuando nos enfrentamos con las teorías más ingenuamente intuitivas a las que se remite hoy día el psicoanálisis.

De vez en cuando me llegan ecos de cómo reciben las pequeñas novedades que voy aportando, al menos así lo espero. Ahora bien, aquel pequeño paso que di sorprendió a algunos, que ya tenían bastante con la teoría del amor tal como la había presentado, basada en el hecho de que el sujeto se dirige a la falta que hay en el objeto. Para ellos, esto había dado ya ocasión a una meditación que les parecía suficientemente esclarecedora, aunque les resultara algo inquietante ver cómo a la relación sujeto-objeto se le añade un más allá y una falta. La última vez aporté una complicación suplementaria, con un término situado delante del objeto, o sea el velo, la cortina, el lugar donde se produce la proyección imaginaria. Aquí surge lo que convierte a la falta en una figura, el fetiche, que puede ser el soporte ofrecido a algo cuyo nombre le viene precisamente de ahí, el deseo, pero el deseo como perverso. Sobre el velo es donde el fetiche dibuja lo que falta más allá del objeto.